



Mis queridísimos niños y niñas, es una alegría vernos otra vez en estas páginas que con tanto amor escribo para ustedes. Espero que hayan logrado excelentes calificaciones en la escuela; y los que no, a esforzarse más para el próximo curso escolar. Disfruten mucho de estas vacaciones, y un beso lleno de todos los sabores y colores para aquellos chiquitines que comienzan el pre-escolar, ánimo y ¡a crecer! Para todos, mis angelitos buenos, este cuento tan gracioso y muchas bendiciones de parte del buen amigo que siempre nos protege: Jesús.

Cuentos y pasatiempos

(A cargo de GISELLE GRASS)

Cuento El viejo Tomás

Como todas las noches, Pablito, Lily y Pelín, acostados ya para dormir, se pusieron a conversar. En voz baja, para que no les vinieran con el conocidísimo “¡Duérmanse ya! No quiero oír una palabra más!”

–Pablito –dijo Lily – ¡El cuento de La Buena Pipa dice “La Buena Pipa” o “La Vieja Pipa”?

–No sé –contestó Pablito – mamá y papá dicen a veces “La Buena Pipa, y a veces “La Vieja Pipa”.

– Yo creo que ni se lo saben bien –añadió Pelín, el más chico. (Le decían Pelín porque tenía unos pelitos parados).

–Sí –dijo Pablito – eso me parece a mí, porque ese cuento ni empieza como un cuento ni acaba como un cuento.

– ¿Serán tontos? –dijo Lily.

– No es que sean tontos –dijo Pelín –, es que no se lo saben.

– ¡Yo digo ustedes! –aclaró Lily –. ¡Tontos ustedes! ¿No ven que ese cuento es así, que no es un cuento, sino un chiste?

– ¡¿Un chiste?! –exclamaron Pablito y Pelín.

–Sí –dijo Lily, y añadió, poniendo vocecitas: –“¿Quieren que les haga el cuento de La Buena Pipa?” “¡Síííí!” “No, yo no digo que ¡síííí!, yo digo que si quieren que les haga el cuento de La Buena Pipa.” “Eh, pero...” “No, yo no digo eh, pero..., yo digo que si quieren que les haga el cuento de La Buena Pipa”...

– La Vieja Pipa – dijo Pelín.

– ¡Como sea! –gritó molesto Pablito –. ¡A mí me da rabia que cuando uno cree que le van a hacer un cuento, se aparezcan con esa tontera!

– ¡Eh! –dijo de pronto Pelín, mirando por la ventana del cuarto, que daba a la huerta –¡Miren eso!

Los otros saltaron de la cama. Les encantaba tener cualquier motivo para levantarse a la hora de dormir. Pelín también se levantó para pegar la nariz al cristal de la ventana. Con Pablito y Lily eran tres narices.

– ¡Una fogata! –dijo Lily.

– ¡Sssh! –dijo Pablito – Nos van a oír.

–Miren, hay una sombra junto a la fogata –susurró Pelín misterioso.

–Sí –dijo Lily–, está como asando algo. ¡A esta hora! ¿Quién será?

–Yo creo –dijo Pablito muy despacio, dando unos golpecitos con el índice sobre el cristal– ...Yo creo que es el Viejo Tomás.

Lily lo miró incrédula, como si hubiera dicho algo increíble.

Pablito continuó:

Tercer trimestre, 2014

–Sí, fíjense en el sombrero. ¿Quién tiene un sombrero despe-luzado como ese?

Ella se fijó, boquiabierta, empezando a creerlo. Era un bulto oscuro que la fogata teñía débilmente de rojo.

Los niños se miraron, con miedo y alegría en sus ojos. Pelín, que era el más chico y tenía siempre más alegría que miedo, abrió la ventana y saltó afuera. Los otros lo siguieron.

Avanzaron callados, muy pegados uno a otro. No había luna, pero sí una cantidad fabulosa de estrellas.

Aquella sombra oscura y rojiza, al fondo de la huerta, casi no se movía. Pero la sombra de la sombra bailaba en el suelo gracias a la fogata.

Se fueron acercando, y pudieron ver, no la cara, pero sí la boca, que asomaba debajo del sombrero, con una sonrisa y una pipa que ellos conocían muy bien. Y efectivamente, estaba asando algo al fuego.

Se hallaban ya muy cerca. En medio del asombro y la enorme curiosidad, los tres se sintieron orgullosos de haber logrado acercarse tanto sin hacer el más mínimo ruido. El Viejo Tomás, concentrado en el fuego, no había levantado ni una sola vez la cabeza.

Pero entonces, sin quitar la vista de las llamas, alzó una mano y la movió, diciendo:

–Siéntense, niños.

Sorprendidos, se sentaron en torno a la hoguera. El Viejo Tomás los miró, con su invariable sonrisa.

–Aquí me ven, asando unas truchas. Acabaditas de pescar.

– ¿Cómo “acabaditas de pescar”? –dijo Lily–. ¡Si no hay ningún río por todo esto!

El Viejo Tomás se encogió de hombros.

–No hay ningún río por todo esto, pero a eso yo no le hago caso. Yo, si no son frescas, no aso truchas. Ustedes me conocen.

Los niños se miraron, confundidos y a la vez divertidos.

–A propósito–siguió el Viejo Tomás–, ¿Ya saben el cuento de las tres truchas traviesas?

– ¡No! –le contestaron a la vez, con las caritas más iluminadas por la pregunta que por la fogata.

–Había una vez, en un río muy lejano, tres truchas tan traviesas, pero tan traviesas...

–Tan traviesas–dijo Pelín.

– ¡Cállate! –le dijeron Lily y Pablito.

–Tan traviesas, pero tan traviesas... –siguió contando el Viejo

Tomás. Y fue un cuento tan bueno, y el Viejo Tomás lo hizo tan bien, que cuando se acostaron a dormir esa noche los niños seguían viendo las tres truchas en aquel río lejano, la fogata, y la cara del Viejo Tomás iluminada por el fuego.

A la mañana siguiente se despertaron realmente felices. Se asearon y vistieron entre mil cuchicheos. Cuando se sentaron a desayunar, faltaba el papá.

– ¿Y papá? – preguntó Lily.

– Se llegó hasta la huerta – respondió la mamá – Tiene metido en la cabeza que anoche vio, medio dormido, una hoguera al final de la huerta. Pero ya no sabe si fue de verdad o lo soñó.

Los niños se miraron, se sonrieron, se golpearon por debajo de la mesa (eran maestros del disimulo). En eso llegó papá.

– ¡De sueño nada!... ¡No voy a saber yo! – le dijo a la mamá, sentándose a la mesa –. Alguien hizo una fogata anoche al final de la huerta. Allí están las piedras quemadas, la ceniza, unos espinazos de pescado...

– ¿Pero quién pudo ser? – preguntó la mamá.

El papá se encogió de hombros.

– No tengo idea... ¿Y sabes donde la hicieron? ¡Justo al lado del espantapájaros! ¡De milagro no le saltó una chispa!

– ¡Qué barbaridad! – dijo la mamá – ¡Se nos podía haber quemado el Viejo Tomás!

Del libro *¡Mucho más cuentos...!* Autor: Aramis Quintero Segobia (Matanzas, 1948). Poeta, narrador y ensayista. Licenciado en Letras Hispánicas. Premios "La Edad de Oro", 1980; 1981, 1985; "Ismaelillo", 1982, 1983; de la Crítica, 1997, 1998; y "La Rosa Blanca", 2000. Reside en Chile.

Sopa de palabras

Clavel	Cerrojo	C	L	A	V	E	L	J	E	M	T	R	S	U	I	A	R	D	E	I	P	
Martillo	Escoba	Z	M	X	L	E	R	M	U	I	K	L	P	E	B	D	W	I	T	R	G	
Estrella	Pez	T	A	E	G	L	A	I	A	S	L	E	H	O	R	N	A	S	L	H	I	
Piedra	Girasol	R	S	E	B	O	E	X	H	R	X	F	C	S	I	K	U	G	W	J	R	
Trompo	Luna	O	S	A	I	O	S	R	N	A	T	S	J	J	O	P	E	Z	I	C	A	
Tijera	Avión	M	F	V	V	M	N	A	T	U	E	I	M	D	N	H	I	A	Z	I	S	
		P	I	C	B	I	E	U	G	S	I	A	L	A	I	Z	E	D	L	C	O	
		O	E	S	E	A	O	D	U	H	E	I	N	L	U	I	W	I	X	N	L	
		K	N	A	D	F	B	N	C	E	R	R	O	J	O	S	M	O	F	B	I	
		A	N	U	L	J	I	H	E	O	L	S	A	T	I	J	E	R	A	O	W	

Trabalenguas

La rosa roja que al caracol
Encaracolado descorazonaría.

Giselle Grass

ADIVINANZA

Si quieres saber quién soy,
es muy fácil saber:
ponte a contar mis colores,
cuando acabe de llover.

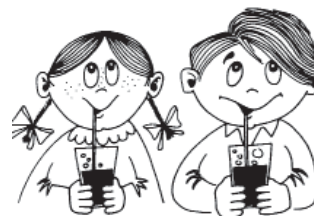
El arcolitis

Autora: Dora Alonso

Suelen milagros trenzar...

Suelen milagros trenzar
los peces en mi bolsillo,
tener un sueño con grillos
los niños al despertar
y en un boscoso lugar
donde la fábula es trino,
se arrastra un sol saltarino
sobre el espejo del agua,
allí una rana es jimagua
con un lagarto divino.

Orestes Espinosa Marrero
Güira de Melena, La Habana, 1962.



¡Hasta la próxima!